

LA REBELIÓN DE LOS NÁUFRAGOS EN VOZ ALTA

El Rectorado de la Universidad Católica Andrés Bello, el Programa de Postgrado en Comunicación Social de la misma Universidad, conjuntamente con la Editorial Alfa convocaron, el 17 de marzo de este año, a una lectura en voz alta del libro de la periodista Mirtha Rivero *La rebelión de los náufragos*. Libro este que ya tiene en su haber cinco ediciones.

Nos pareció importante desde *Comunicación* recoger, en forma sintética, las ideas principales que allí se expusieron pues, teniendo como puente el libro de Mirtha Rivero, se trata de una parte de la historia del país. Una historia bastante cercana que quizás nos sirva para entender el presente al que hemos llegado.

Digamos a continuación que estamos en presencia de un libro importante, de un libro que intenta desnudar, y lo hace muy bien, con documentos, entrevistas, diversidad de fuentes... y no podía faltar la crónica periodística, a un personaje polémico como fue la figura de Carlos Andrés Pérez. Dos veces presidente de la República. Odiado y amado por partes iguales. Y, en definitiva, un hombre que fue convocado para ejercer el poder, ¡y vaya que lo ejerció!, y ese mismo poder lo alejó del poder. Así fue como Carlos Andrés Pérez, el 21 de mayo de 1993, era apartado del símbolo del poder en Venezuela, de Miraflores.

¿Cómo se llegó hasta ahí? ¿Qué resortes políticos y jurídicos se movieron tras bambalinas para que ese hecho ocurriera? ¿Por qué faltando pocos meses para concluir su mandato se sometía a la democracia venezolana a la decadencia que ya venía arrastrando? ¿Por qué las Moraima

Salcedo de nuestro país se tomaban el champaña, reservado para la fiesta de su cumpleaños, en honor de la salida de Pérez, y por qué no pudieron contener unas carcajadas ante el discurso del ya depuesto Presidente? ¿Por qué *La rebelión de los náufragos* es un capítulo del cual todos bebimos para llegar hasta el pantano en el que ahora estamos a punto de ahogarnos?

Todas esas interrogantes las responde este libro. Seguramente que nuestros invitados harán saltar otras que a lo mejor no tienen respuesta en el tiempo inmediato. De lo que sí estamos seguros y eso lo apuntó el Rector José Virtuoso: “Es que estamos ante un libro importante, que se distingue de otros sobre el mismo tema no sólo por la variedad y riqueza de fuentes, testimonios, sino por la forma como se nos narra y presentan los hechos”. El libro es un buena muestra del buen periodismo, periodismo con P mayúscula. Porque el periodismo es un puente con la realidad, pero debe ser un puente bien armado, bien construido. Precisión, claridad, el buen lenguaje forman el armazón de principios del buen periodismo y eso es lo que encontramos en *La rebelión de los náufragos*. Por eso este texto se lee de manera tan rápida, pero no por rápida resulta una lectura ligera y entretenida. Todo lo contrario. Es un libro que nos confronta y nos obliga a pensar. No sabemos quien lo dijo, pero sí sabemos que fue un periodista que afirmó que el buen periodismo debe tener el propósito de enseñar a pensar, y quien lo dijo lo expresaba textualmente así: “para que la gente use su maldito cerebro”.

Para terminar. Traemos aquí unas palabras de Antonio López Ortega quien llegó a decir que:



La lectura de La rebelión de los náufragos, el libro de Mirtha Rivero que es un éxito de ventas, cuenta, en tono periodístico, la caída de Carlos Andrés Pérez y de su proyecto El Gran Viraje. El epílogo del derrumbe del proceso iniciado en 1958.

Del pasado a veces sólo acostumbramos rescatar lo malo, que obviamente lo ha habido, pero no con la misma voluntad nos da por recordar lo bueno, las muchas transformaciones que ha vivido la sociedad venezolana al menos desde 1936, cuando nuestras miserias sociales fueron desapareciendo en aras de un crecimiento sostenido.

El balance de aquellos días de Carlos Andrés Pérez, hasta su caída, deben ser puestos en su justo lugar y hacer el esfuerzo de voluntad para recordar los signos de modernización que empezaban a darse en el país, a pesar de todo. Eso es una de las cosas que nos ofrece Mirtha Rivero en *La rebelión de los náufragos*.

Que sea este encuentro motivo para algunos momentos de reflexión. Bienvenidos todos juntos a esta *rebelión*... Y para iniciar vamos a leer las ideas de la profesora Magaly Pérez (profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Jurídicas de la UCV y del Programa Comunicación y Política del Postgrado en Comunicación Social de la UCAB), de inmediato las reflexiones del historiador Elías Pino Iturrieta (Ex Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, Director en la actualidad del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB y Presidente de la Academia Nacional de la Historia) y del periodista Javier Conde con su análisis periodístico del texto (Director del diario *2001* y profesor de Pregrado y Postgrado de la UCAB)

1. MAGALY PÉREZ CAMPOS *La rebelión de los náufragos*

1- A mí me gustaría, de entrada, comenzar a *servir el debate*, poniendo sobre la mesa un conjunto de preguntas, con la intención de discutir luego sobre ellas, tanto con los ponentes que quisieran hacer suyas estas interrogantes, como con la autora y con la audiencia. Tales preguntas son producto de la lectura del libro por alguien formado fundamentalmente en el área de la Teoría Política, concretamente en el área de la Teoría del Estado, pero fundamentalmente por una lectora venezolana que vivió esos años con un uso razonable de sus facultades, y que se acercó al libro y recibió el impacto de que le contaran aquella historia de otra manera, poco ortodoxa y políticamente incorrectísima. De manera que arranco con mi



El balance de aquellos días de Carlos Andrés Pérez, hasta su caída, deben ser puestos en su justo lugar y hacer el esfuerzo de voluntad para recordar los signos de modernización que empezaban a darse en el país, a pesar de todo. Eso es una de las cosas que nos ofrece Mirtha Rivero en La rebelión de los náufragos.

elenco de preguntas, para los panelistas que pudieran sentirse interpelados, para Mirtha, como autora, para la audiencia, y deseosa de obtener respuesta para algunas de ellas:

2- Quisiera preguntarle a la autora si, en sus giras de discusión sobre este tema y, en general, en el debate que se ha abierto desde la publicación del libro, ha percibido si se ha trascendido el debate sobre *esos* temas, sobre *esos* años, sobre *esos* personajes, y se ha comenzado a colocar los acontecimientos en perspectiva y a derivar lecciones, digámoslo así, más

abarcantes. Me refiero a si, trascendiendo los hechos narrados y la época estudiada, ha notado si tenemos ganas de mirar desprejuiciada, ponderadamente, con el rigor histórico suficiente, lo que nosotros mismos produjimos como sociedad; si tenemos ganas de preguntarnos si hemos aprendido algo en términos de lo peligrosos que son los atajos (todos los atajos) para la vida democrática; si nos comienzan a quedar claros los efectos que produce utilizar el andamiaje del Estado de Derecho para desmontar el Estado de Derecho, por criticable que este sea. En este sentido le preguntaría cómo ha percibido esto en la gente.

3- Quisiera preguntar, en general, pero también aprovechando la mirada avezada de un historiador como el profesor Elías Pino, si nos estamos atreviendo a volver la vista atrás y a repensar con algo de responsabilidad nuestro pasado reciente; si esta necesidad de revisión que uno podría al menos hipotetizar, dado el éxito del libro (no medido en términos de ejemplares vendidos, sino de ejemplares leídos por esa gente que acude a debatir), si esa necesidad de revisión del pasado, repito, se está volviendo social y políticamente razonable (en términos de la categoría “razonabilidad social y política” de las ideas políticas que emplea el profesor Diego Bautista Urbaneja, por ejemplo). Porque no es baladí preguntarse: ¿qué está pasando en la sociedad venezolana para que este libro genere tales niveles de discusión? ¿Qué se está moviendo en los grupos sociales y políticos para que esta



discusión ya no sólo parezca políticamente razonable sino impostergable? ¿Por qué germinan estos foros, con la autora, sin la autora, en la academia y fuera de ella? Otro punto que no cabe sino problematizarse es el relativo a la *función* que libros como el de Mirtha Rivero, como el de Ana Teresa Torres, como el más reciente de Arráiz Lucca sobre el Trienio y las conquistas de la ciudadanía, cumplen en la sociedad venezolana en este momento. A mí se me ocurre una, al menos, pero creo que sobre eso podríamos también debatir, y es la de comenzar a abandonar la periodización oficial de la historia venezolana con la que nos hemos manejado, queriéndolo o no, en estos últimos doce años, que coloca nuestros ensayos de vida republicana, desde la muerte de Bolívar para acá, en una especie de paréntesis oscuro de traición al pensamiento de Bolívar, y del cual este proceso revolucionario constituiría su verdadera continuación. Adelantando opinión, como dirían los abogados, siento que nos estamos atreviendo a poner en duda el paréntesis, a mirar dentro de él, a repensar el pasado reciente y a observar, no las rupturas que insisten en hacernos ver, sino las continuidades de un proceso inacabado, imperfecto, de ensayos y de muchos errores de construcción republicana, de construcción de civilidad, de construcción de instituciones. Me pregunto si no será que estamos recuperando la importancia de mirarnos con mirada histórico-política: ¿cómo se explica el punto donde estamos, cómo llegamos hasta aquí; qué hemos ganado y qué perdimos?, ¿a esta situación llegamos nosotros o vamos a seguir pensando que otros nos



¿A esta situación llegamos nosotros o vamos a seguir pensando que otros nos trajeron?, ¿se puede hacer política desde la antipolítica; se puede avanzar tomando atajos si lo que se quiere es construir un Estado de Derecho; se puede construir un Estado de Derecho con reiterado desprecio por sus instituciones?

trajeron?, ¿se puede hacer política desde la antipolítica; se puede avanzar tomando atajos si lo que se quiere es construir un Estado de Derecho; se puede construir un Estado de Derecho con reiterado desprecio por sus instituciones? ¿Puede ser tan precaria nuestra cultura política institucional como para que ricemos el rizo de usar las instituciones existentes, por débiles que ellas fueran, precisamente para aniquilarlas –verbi-gracia, enjuiciar a un Presidente en ejercicio poniendo en marcha todo el aparato de los Poderes Públicos sobre la base de motivos y ambiciones personales, sin motivaciones efectivamente apegadas a derecho, como demuestra la autora en el libro?

4- Por último, quisiera consultarle al periodista y profesor Javier Conde, quien tiene a su cargo el análisis periodístico y político del libro en la tarde de hoy, si no podría afirmarse, al menos como hipótesis inicial, que este libro contribuye a interpelarnos acerca de nuestra condición republicana, a medir la temperatura de nuestra civilidad y de la robustez de nuestras instituciones; a indagar acerca de si nos creemos realmente el cuento de la superioridad moral, jurídica y política de la democracia, del gobierno de las leyes sobre el gobierno de los hombres; a indagar acerca de si asumimos a la democracia como un juego donde hay reglas que están hechas para obedecerlas y no para torcerlas; donde hay un tablero que está hecho para actuar sobre él conforme a esas reglas y no para patearlo cuando el resultado es adverso; donde el Derecho no es adjetivo, sino parte del sustantivo: “Estado de Derecho” y donde hay adversarios con los cuales habérselas y no enemigos a los cuales hundir, porque el naufragio del barco siempre es colectivo.

2. ELÍAS PINO ITURRIETA *Los naufragos y el ahogado*

En su último mensaje anual ante el Congreso, el presidente Jaime Lusinchi, quien en breve entregaría el poder a su copartidario Carlos Andrés Pérez, suelta tres afirmaciones lapidarias: “La democracia no se conquista para siempre. La igualdad no se conquista para siempre. La libertad no se conquista siempre”. Curiosas sentencias, si se recuerda cómo quien las desembucha cuenta con el favor de las encuestas. En ellas se refleja, sin ninguna vacilación, el beneplácito de la ciudadanía por la gestión de quien se encuentra en el trance de la despedida. De allí la perplejidad capaz de generar ahora, cuando quizá solamente pequeños sectores de la ciudadanía manifiestan disgusto por lo que está sucediendo en Venezuela en la culminación de un nuevo período constitucional, de acuerdo con los sondeos de opinión.

Pero tal vez escapen a la consideración de los sondeos los sombríos números de 1988, cuyo dictamen es elocuente. Debido a la disminución de los ingresos petroleros, que inciden en la caída de las reservas internacionales, se ha creado un déficit global de 3 mil 993 millones de dólares. En breve la disposición de egresos y gastos por el Ministerio de Hacienda pro-

duce un déficit presupuestario de 15 mil 002 millones de bolívares, para que el déficit consolidado del sector público ascienda hasta la suma de 72 mil 309 millones de bolívares. El gobierno recurre al endeudamiento porque ya han pasado los tiempos de *la botija llena*, aceptación de compromisos onerosos sobre los cuales, según su propio gestor, se pueden crear fundados debates: “No defendemos ahora ni después, a ultranza, la política del gobierno en torno a esta materia de suyo controversial”, dice Lusinchi en el aludido mensaje, mientras la prensa recoge las críticas provocadas por un trato excesivamente desventajoso con la banca internacional.

¿Está consciente CAP, candidato triunfante en las elecciones presidenciales, del panorama señalado por las cifras? Por lo menos se ha enterado de su volumen leyendo los periódicos. Pero, si está en cuenta de la situación, como se puede presumir, se empeña en ocultarla. Según recoge la prensa el 6 de diciembre de 1988, después de ganar las elecciones, el sucesor afirma: “Será plena la continuidad entre mi gobierno y el de Lusinchi”. Tal vez no fuese todavía el momento de las distancias, ni la hora de faltar a las reglas de la urbanidad republicana, pero no señala ni reparos mínimos a la gestión que lo antecede, mucho menos previene sobre la alternativa de la reforma de la cual será paladín en cuestión de meses. Pienso que estamos aquí ante uno de los rasgos medulares de una época que está a punto de terminar: el manejo sigiloso de los negocios públicos, el grosero destierro de la transparencia en asuntos que incumben a la ciudadanía, la toma de decisiones sin consideración de la opinión pública ni de las consecuencias nefastas que puede generar la subestimación de las mayorías. Que CAP sea uno de los adelantados de esa subestimación no sólo nos informa la prudencia de sus días de Presidente electo, su cautela respetuosa frente al copartidario que sale de Miraflores con el cálido soporte de las encuestas, sino especialmente la novedad y la contrapartida y la negación y la abismal ruptura que será o querrá ser en el futuro próximo. ¿Cómo así?, diría un colombiano ante la contemplación de la maroma.

Lo único que filtra transparencia entonces es la intriga cobijada en la cúpula de Acción Democrática, que llega al clímax en noviembre del año anterior cuando el ex candidato Piñerúa dice ante los periodistas: “El Jefe del Estado ejerce presiones para enroñar las planchas de



No ofrece el texto, sin embargo, una única explicación. Queda, como debe ser, al entender de cada lector. Quizá sea poco para historiadores y sociólogos pero suficiente para quien usa los instrumentos del periodismo y busca ofrecer pistas para ese entendimiento.

AD y para que se haga una cosa indigna”. La “cosa indigna” lleva el nombre de Blanca Ibáñez, quien quiere estrenar una curul de senadora, entuerto sobre el cual comenta el denunciante del *enroño* ante quien lo quiera oír, propio o extraño, pero sobre el que escurre su bulto el candidato de la actualidad para que nada lo salpique. “No me meto en honduras” declara CAP el 15 de agosto, mientras insiste en presentarse como el nominado de la Gran Venezuela que encarnó en el pasado, y sin decir ni pío sobre la decisión que ha tomado de ser todo lo contrario contra viento y marea en su nuevo período presidencial. Nadie puede negar que sea la política asunto de afirmaciones y rectificaciones, o que suelen los partidos políticos convertirse en hervidero de pasiones y pecados privados

que de pronto se convierten en públicos, pero que las contradicciones desmientan el discurso decantado sin subterfugios en la víspera no deja de ser especialmente elocuente.

Tales observaciones, en las cuales se deben incluir también referencias a las contiendas de Copei que no puedo referir ahora por cuestiones de tiempo, pueden servir de fundamento al comentario del libro de Mirtha Rivero, que vienen a continuación.

El libro de Mirtha Rivero, *La rebelión de los naufragos* (Editorial Alfa), se ha ganado con justicia el favor de los lectores. Su investigación de naturaleza periodística, hecha con indiscutible seriedad y escrita con plausible claridad, no sólo ha provocado comentarios cotidianos sino también foros académicos en los cuales se han ponderado sus cualidades. No tengo dudas de que sea un aporte fundamental para la comprensión de la contemporaneidad, y un oportuno auxilio para la reconstrucción de un suceso sin el cual no se pueden entender las urgencias de la actualidad: la defenestración de Carlos Andrés Pérez, ocurrida en 1993, y de la cual se desprendieron consecuencias medulares para el futuro. Sin embargo, algunas de las reacciones que su lectura ha provocado, especialmente el comienzo de una especie de proceso de canonización del hombre que entonces sale con las tablas en la cabeza, aconseja los comentarios que vienen a continuación.

En especial, algunas observaciones sobre la calidad de los testimonios que atiborran sus capítulos. Se trata de testimonios interesados, es decir, manifestacio-

nes de individuos involucrados en el proceso que la autora analiza o cercanos a su evolución, quienes reconstruyen en el futuro episodios que les incumben desde el punto de vista personal y desde la perspectiva política. Es evidente que quieren llevar la brasa para su sardina. Es evidente que no quieren malponerse con la lectoría. Es evidente que, después del desarrollo de los acontecimientos, puedan reconstruirlos a su manera y también echar al olvido memorias incómodas. Estas realidades cuya obviedad es razonable no se muestran en toda su redondez en la obra por tres razones esenciales: los informantes en su mayoría son veteranos en la comunicación de sus versiones y difícilmente van a echarse tierra después de que la tierra tembló; simplificando en grande, quieren encontrar la razón de los pecados y las virtudes de la época en el individuo en torno a quien se desarrolló la conmovedora historia, Carlos Andrés Pérez; además la autora, tal vez sin proponérselo, debido a la ponderación de sus preguntas y a la manera de poner a correr las respuestas en el texto, hace que el lector se aclimate en su regazo con amplia confianza.

De tal confianza se desprenden dos reacciones, según pienso después de atenta revisión: la sensación de obra mal hecha que fue sacar a Pérez del poder, y la mirada benévola de ese hombre a quien por fin le tocó la de perder. Quizá sobre la primera no quepan los reproches cuando miramos el malhadado disparate de entonces desde la tragedia de la actualidad, y cuando algunos, entre ellos quien escribe, llamamos la atención en su oportunidad sobre el escandaloso exceso que se estaba cometiendo, aunque tal vez sin pesar en balanza rigurosa los motivos y los intereses que mueven a los hombres en sus sucesivos presentes. Pero sobre el otro corolario conviene distanciarse del todo, no en balde tiende a la canonización del líder que recibe los palos de los venezolanos de su tiempo, quienes, si finalmente se eleva Pérez a los altares, deberán pagar severas penitencias por su felonía, aparte de las que ya están pagando.

¿Cómo hablan en el libro los colaboradores del hombre que los convida a gobernar y los eleva al estrellato de los ministerios? Refieren el descubrimiento de un estadista superdotado y desinteresado que desea el bien de la sociedad por el cual está dispuesto a sacrificarse, el hallazgo del guía del buen camino que por fin encuentra el pueblo gracias a una luz que iluminó al flamante Moisés para buscar la tierra prome-

tida. ¿Existe tal espécimen de refulgencia, esa lumbrera que encandila a sus servidores de la cúpula? Quizá sólo exista un individuo corriente y sin mayor formación intelectual, que supo subir en sus horas hasta llegar a la cumbre dos veces por las cualidades de animal político que atesoró desde la juventud y por los arreglos que logró con amigos y adversarios, irreprochables cuando se pretende el control del poder pero de ardua aceptación cuando se trata de fabricar un santoral.

Para la negación de tales atributos de estadista basta ahora una sola observación: la miopía, si no la ceguera, con la cual apreció los sucesos del *Caracazo* que le reventaron en la cara sin que siquiera hubiera imaginado su perfil, su boceto. Seguramente como pensó que podía hacer cambios en la economía y en la rutina de la sociedad porque se le pegaba la gana, sin decir nada sobre el particular en la campaña electoral en la cual triunfó clamorosamente por ser lo que era y no por lo que nadie sabía ni podía adivinar de sus maromas, renegando del pasado a la chita callando, sin consulta del liderazgo político, mucho menos de los hombres comunes y corrientes, llegó a la conclusión que no pasaba mayor cosa durante un 27 de febrero que en nada se parecía a los otros días del almanaque. No sé, quizá vaya descaaminado, pero son asuntos que se me han ocurrido después de leer *La rebelión de los naufragos*, una investigación periodística de notable importancia. Tal vez sirvan para una comprensión más equilibrada del pasado reciente y para mejor entendimiento del trabajo de Mirtha Rivero, cuyo éxito celebro sin cortapisas.

3. JAVIER CONDE *Historia de un fracaso*

Después de la publicación de *El pasajero de Truman*, que consolidó la presencia de Francisco Suniaga ya advertida en *La otra isla*, *La rebelión de los naufragos* es el otro gran suceso editorial venezolano del último lustro. Quizás no sea una casualidad que ambos, Suniaga y Rivero, tengan antecedentes periodísticos, aunque *El pasajero* esté escrito en otra clave y con distintas pretensiones.

El libro de Mirtha Rivero utiliza los recursos del periodismo, la crónica y la entrevista, para reconstruir, a partir de testimonios de algunos de los protagonistas fundamentales y de la indagación, los episodios que condujeron al final antes de tiempo del segundo mandato de Pérez.

Faltan algunas voces, en particular del ámbito mediático, y el texto lo señala; incluso contiene el cuestionario no respondido por José Vicente Rangel, personaje clave del entramado que el texto intuye.

Hay quienes observan en *La Rebelión* un intento de redimir la figura de Carlos Andrés Pérez. La autora lo ha negado en el sin fin de foros y entrevistas que ha suscitado su trabajo. Su pretensión, ha dicho, consistió en tratar de explicarse, a sí misma, que pasó en aquél azaroso período que va de 1989 a 1993, en el que se puso en marcha un programa de gobierno de severos ajustes económicos, tachado de neoliberal por sus detractores, marcado desde el inicio por el *Caracazo* y (casi) rematado por los intentos de golpe de Estado de 1992.

No ofrece el texto, sin embargo, una única explicación. Queda, como debe ser, al entender de cada lector. Quizá sea poco para historiadores y sociólogos pero suficiente para quien usa los instrumentos del periodismo y busca ofrecer pistas para ese entendimiento. El lector lo agradece. Ciertamente no están todas las visiones, como se ha advertido, pero las que están, unas mejores que otras, aportan las actuaciones y los análisis de personajes, no sólo de la política, que desempeñaron papeles clave en el desarrollo de aquellos sucesos: unos por omisión, otros por complicidad.

La rebelión apunta, en especial, rasgos del perfil inconcluso de Pérez, figura controvertida del proceso democrático venezolano, odiado y admirado por igual. Un hombre condenado por su afán de gloria, que confiado en su arraigo popular despreció el abc de la política. La polémica en torno a su figura y actuaciones continuarán como *La Rebelión*, y su autora, lo han comprobado. En todo caso, el texto apunta a que quien lo lea se haga preguntas sobre ese período y revise comportamientos, desde el propio hasta el de personajes encumbrados y de otros que siguen pasando agachados.

¿A qué se debe el éxito de *La Rebelión*? Es, quizás, una pregunta sin respuesta. Algunas certezas y más intuiciones. Es un texto bien pensado en su armazón, que fluye en su lectura, intimista si se cabe, que aborda un período que marcó nuestras vidas y que se suma a ese conjunto de obras recientes que intenta explicar qué pasó y cómo llegamos hasta aquí. Es la historia de un fracaso, un sentimiento que hoy puede embargar a una parte del país. Es, con perdón de Javier Cercas, la *Anatomía de un instante*. De múltiples instantes, en este caso.